

Gabi Gleichmann

El elixir de la inmortalidad

Traducción del noruego
de Cristina Gómez Baggethun



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Udødelighetens Elixir

© H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard)

Oslo, 2012

Publicado con la ayuda de Norla (Literatura Noruega en el Extranjero)

Ilustración: foto © Maria Jou Sol

Primera edición: octubre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Cristina Gómez Baggethun

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7903-2

Depósito Legal: B. 16624-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

PRÓLOGO

Durante mucho tiempo las palabras no quisieron comparecer. Mi madre yacía en la cama ante mí, callada y encerrada en sí misma, vestida sólo con un fino camisón y con la mirada congelada en un punto invisible del techo. Respiraba con ligereza y tenía el cuerpo casi inmóvil. Yo mantenía su mano en la mía, esperando que me diera un apretón, pero su mano permanecía fría e inerte.

Fue un día de noviembre de hace diez años bajo un infinito cielo azul. El viento soplaba a ratos y una fina capa de nieve recién caída se había posado sobre Oslo. Aunque brillaba el sol, el aire tenía una punzada de frío invernal y allá abajo, en el continente, la gente derribaba con sus manos el muro que había dividido Europa en dos.

Por una vez, mi padre había llamado por la mañana temprano y, con entonación contenida, me había dicho que mi madre no se encontraba bien y que, dadas las circunstancias, era mejor que me abstuviera de visitarla. Mi primera reacción fue de alivio.

Que mi madre no estaba bien, que los dolores eran insoportables y que estaba agonizando, era lo que llevaba oyendo todos los días desde hacía quince años. En lo que respecta al dolor no se puede decir que mi madre fuera discreta. Para soportar sus incesantes y cada vez más amargos lamentos, yo había adoptado una estrategia algo frívola. Me limitaba a no escuchar una sola palabra de lo que decía. Con el tiempo logré sentir cierta indife-

rencia y me convencí a mí mismo de que mientras fuera capaz de quejarse, no había motivos para preocuparse por su salud. Probablemente debería haber sido más considerado y haberme implicado más.

En el mismo momento en que mi padre se apresuró a añadir que estaba demasiado mal para ponerse al teléfono, comprendí, con una fuerza y un peso que no había sentido en muchos años, que mi madre nos estaba abandonando. Hasta ese momento no me di cuenta de lo poco preparado que estaba para la situación y supe que me iba a arrepentir el resto de mi vida.

Ignorante de la verdad —que a mi madre sólo le quedaba media hora del tiempo que le había sido destinado—, pulsé el timbre del hogar de mis padres y mi padre me recibió con un gesto apesadumbrado que subrayaba la solemnidad e importancia del momento. Me senté a la vera de mi madre en la cama y la contemplé. Tenía el rostro blanco, casi transparente, y el pelo despeinado caía sobre su frente otorgándole un aspecto algo añorado.

¿Quién era en realidad la mujer que yacía ahí? Me era tan conocida, tan cercana, y a la vez tan distante. Mientras la miraba, buscaba frenéticamente imágenes de ella en mi memoria. Pero era en vano, no la encontraba por ninguna parte.

De pronto entendí que había sentido vergüenza cuando mi madre se aisló del mundo y se encerró en su dormitorio para que nadie perturbara su trato con los demonios de los más oscuros paisajes de su imaginación. Comprendí que por eso la había apartado de mí tan concienzudamente que incluso había reprimido los recuerdos más cálidos que tenía de ella. Me asustó mi egoísmo y quise hablar francamente con ella sobre todas esas cosas que nunca nos habíamos dicho. Pero por mucho que me esforcé, las palabras se negaron a salir.

Mi padre permanecía inmóvil y rígido, pero en cierto momento se escabulló a la cocina de puntillas y encontró un alivio temporal en las tareas cotidianas.

Un apacible silencio reinaba en el dormitorio. Impulsado por la vergüenza y arrebatado por la gravedad del momento, quise

consolar a mi madre. Le acaricié las mejillas con ternura, pero fui incapaz de decir nada.

Fue mi madre la que tomó la palabra. Abrió la boca despacio y dijo que aquél fue el peor día de su vida. El 12 de diciembre de 1944. Después, todavía en un tono apenas audible, añadió algo sobre un tal Lipot, el más dulce de los chicos que se escondían entonces en casa de sus padres, a quien ese día los alemanes asesinaron brutalmente. Aun así, su cadáver estuvo dos semanas tirado en la calle antes de que sus amigos, al abrigo de la noche, se atrevieran a trasladarlo al cementerio judío. Mi madre hablaba de un modo confuso e inconexo, yo la escuchaba atentamente. Su voz sonaba cada vez más débil.

—¿Cómo pudo Dios permitir que sucediera esto? —suspiró—. Se lo tienes que contar al mundo, tienes que contarlo todo.

Me sentí obligado y le prometí que algún día hablaría sobre el pequeño universo restringido que constituía nuestro hogar en la tierra. Pero mi madre no me oyó. Ya estaba abandonando la vida, empezó a alejarse con una sonrisa resignada y se dejó absorber por el vacío.

1. Las fuentes

EL NARRADOR

He de empezar con un par de palabras sobre mi tío abuelo, la gran alegría de nuestra primera infancia. Hay tanto que contar sobre él que me resulta imposible tenerlo todo en la cabeza, el tema es tan amplio que excede tanto los límites de mi memoria como los de mi entendimiento. Por eso, este intento de hablar sobre él será extremadamente incompleto.

Cuando mi hermano gemelo Sasha y yo éramos pequeños, adorábamos al tío abuelo. Algunas veces, al mirarlo cuando estábamos sentados en torno a la mesa de la cocina, pensaba que el mundo entero no era lo bastante grande para dar cabida a toda mi admiración. El tío abuelo nos enseñó todo lo que de niños no sabíamos sobre nuestra historia familiar, todo lo que no podíamos saber, y nos inició en incontables misterios en los que él mismo había sido introducido con ayuda procedente del otro lado de la tumba. Era un narrador fantástico. Con sus anécdotas, de las que a todas luces tenía inagotables provisiones, conseguía estimular nuestra imaginación y provocar nuestras risas y una constante fascinación. Cada vez que se pasaba por casa, siempre sin previo aviso, un día cualquiera se transformaba de inmediato en un festivo y Sasha y yo, que por lo demás siempre andábamos peleándonos, entablábamos enseguida un alto el fuego.

Todo el mundo lo llamaba Fernando y pronunciaban su nombre como si se tratara de un marqués español. Todos excepto mi abuela paterna, que sencillamente lo llamaba Franci. Su verdadero nombre era Franz Scharf.

La abuela odiaba a Fernando con un ardor incombustible. Y yo no conseguí sacarle por qué, de hecho no lo averigüé hasta mucho más tarde. El origen del conflicto se perdía en una misteriosa oscuridad. Es posible que incluso a la abuela se le hubiera olvidado, pero aun así era algo inamovible para ella y no ocultaba sus sentimientos, aunque tampoco lo acusó nunca de algo abiertamente indecente o malévolo. Pero cada vez que se presentaba la oportunidad, señalaba triunfante que no era un auténtico pariente, que sólo daba la casualidad de que se había casado con una de sus incontables primas, de hecho, con la menos atractiva de todas.

La estrecha relación que mantenía mi tío abuelo con nosotros se debía a su solitaria existencia. Su mujer y sus hijas adolescentes, las gemelas Anci y Mancí, se habían disuelto en humo en unas altas chimeneas.

«Es muy triste», dijo en una ocasión intentando captar nuestra mirada, «pero así son las cosas.»

Lo dijo un 24 de octubre, lo recuerdo perfectamente. Los pálidos rayos de sol otoñal brillaban a través de las cortinas, pero de pronto el cielo mudó el color y pasó de claro a negro. Mi tío abuelo carraspeó una vez y se echó a llorar. El aire del piso estaba saturado por el olor de la sopa quemada, una de las especialidades de mi abuela. Las lágrimas de Fernando eran imparables, le temblaban los hombros y se le enrojecieron los ojos. Ese día, sus hijas deberían haber cumplido años. El tío abuelo abrió la boca para decir algo, pero una especie de ataque de tos hizo que las palabras se quebraran y se esparcieran por el aire.

Nunca dijo nada más sobre el asunto. Pero mi hermano gemelo Sasha y yo lo comprendimos.